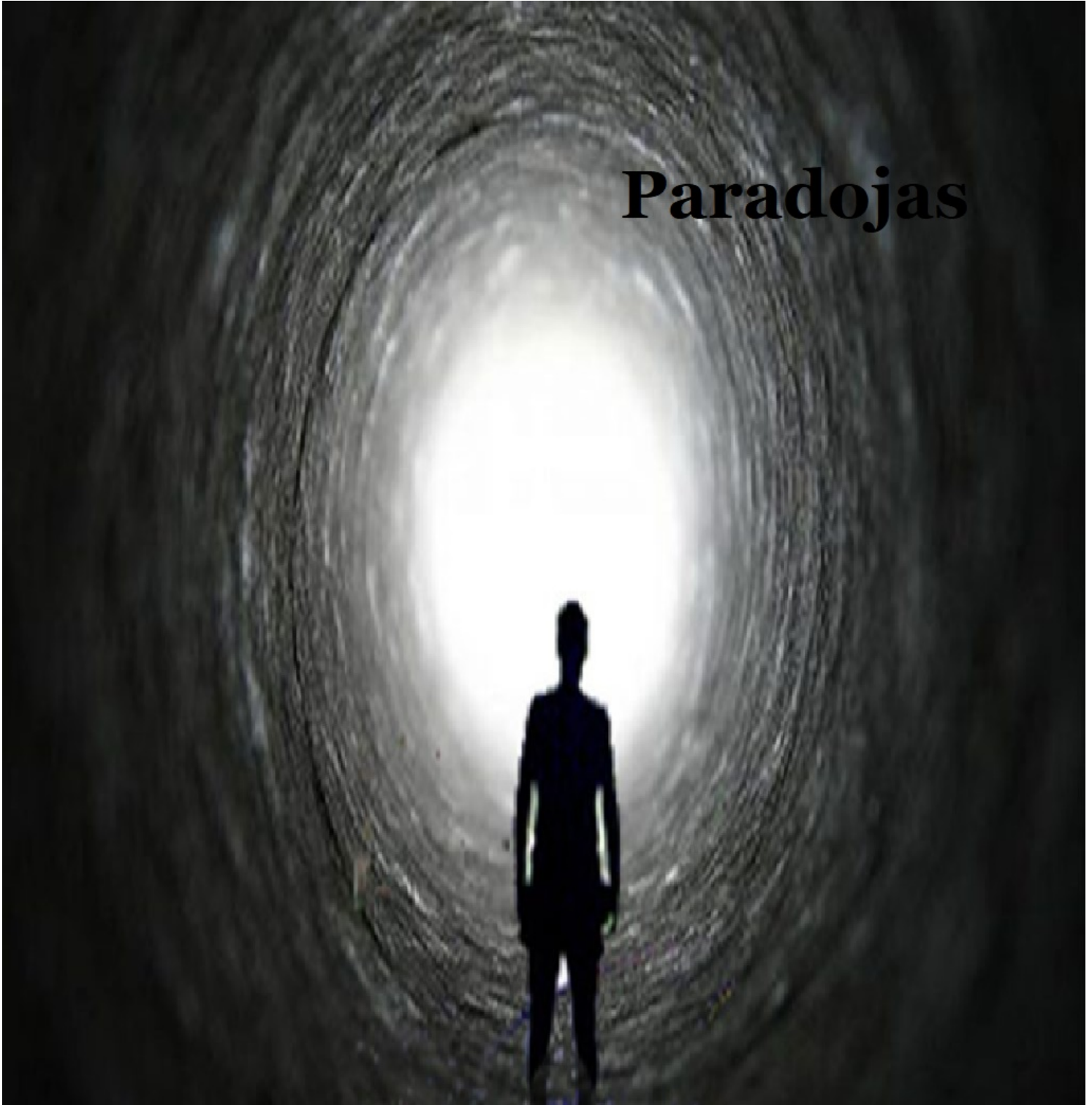


Paradojas de la vida (o de la muerte)

Marisa Barco



Capítulo 1

Paradojas de la muerte

(o de la vida)

La muerte transforma a las personas. Pero no solo a las personas que quedan vivas, sino a las que, por decisión propia o sorprendidas en su vivir, se han encontrado con la muerte.

Las personas se vuelven, después de muertas (o después de vivas) en las personas que siempre soñamos que fueran mientras estaban bien vivas. Porque bien vivos que estaban.

La muerte no solo transforma a las personas; también transforma las escenas vividas, sobre todo las transitadas con incordio. Y tanto la transforma que a partir del nuevo cristal que la propia muerte nos regala para mirar hacia atrás, nos obcecamos desesperadamente en revivirlas, no una sino mil veces (o por lo menos todas las que podamos). Esas mismas escenas de las que elegimos mofarnos en el pasado, aun habiendo tenido la oportunidad de disfrutarlas.

La muerte y el tiempo también nos redimen. Aplacan el remordimiento que nos constriñe, nos ahoga, develando la crueldad de la que somos capaces con quienes tienen la osadía (o la desventura) de llegar a viejos.

La muerte cercena nuestra conciencia, bloquea nuestros recuerdos - ciertos recuerdos-, evitando dejarnos a solas con aquellos que nos denuncian en falta, que nos duelen, que nos ruegan enmienda.

La muerte y nuestros muertos perdonan nuestros más vergonzantes pecados de desamor y se convierten en refugio de pensamientos cuando nuestra efímera existencia busca abrigo entre los vivos... y no lo encuentra.